

Tras la pista de los levantinos.

Alcances mundiales de la migración Libanesa. Aproximación a la experiencia en Venezuela.

Talía Ruiz Yordi

Introducción

Inicialmente agradezco la presencia de todos aquí el día de hoy, puesto que refleja el interés sobre un tema que si bien sitúa a Venezuela como el epicentro donde se ha concretado y materializado por más de una centuria el proceso migratorio libanés, nos remite a un plano o escenario geopolítico y sociocultural mucho más amplio, mundial, sin el cual considero se vería limitada la funcionalidad social de cualquier esfuerzo de comprensión o reflexión que hagamos sobre la impronta que ha marcado en nuestros pueblos la presencia de estos migrantes como actores sociales activos. Pluralizo la experiencia porque la cuestión migratoria, sobre todo en sus dimensiones internacio-

nales, se ha convertido, no solo en los espacios académicos, en uno de los principales objetos de preocupación y reflexión sobre eso que llamamos, fundamentalmente a partir de la constitución de los Estados Nacionales, nuestras *fronteras identitarias*.

De modo que junto a las que podríamos denominar *etnias autóctonas*, figura como preocupación constante el desentrañar la influencia que han ejercido estos migrantes como parcialidades humanas y culturales en la definición de nuestra cultura latinoamericana, sobre y dentro de la cual, por lo demás, ha prevalecido la difusión y la aplicación de un discurso que ha privilegiado la influencia de los grupos migratorios europeos bajo la premisa, hasta cierto punto comprensible, de que cuantitativa e

históricamente han representado los segmentos mayoritarios. Mientras que contrariamente y en detrimento de una visión de proceso han sido relativamente escasos los dirigidos a rescatar la influencia que han ejercido, como individualidades y colectividades, los migrantes de otras procedencias que, como los medio-orientales, han contribuido notablemente al desarrollo material y cultural de nuestras naciones.

Se preguntarán cómo es que llevo a plantearme un estudio de esta naturaleza; porque, debo acotar, lo que hoy he venido a compartir con ustedes ha sido el resultado de un proceso de investigación desarrollado durante más de dos años con fines de reconstruir, como proceso histórico, algunos matices de la migración libanesa y su integración a la estructura socioeconómica nacional venezolana mediante su participación en el ámbito de las actividades comerciales, entendiendo que sería esta la principal actividad —según sugirieron las fuentes orales y escritas consultada— por la que preferentemente se inclinarían estos migrantes, y a través de la cual se irían insertando en la dinámica social —no exclusivamente económica— del país y la ciudad. Porque debo decirlo, me concentré en pulsar sobre las particularidades que el

desarrollo de este proceso adquirió en una ciudad del occidente venezolano con una marcada vocación comercial, Barquisimeto, capital del Estado Lara.

No obstante y en búsqueda de esa visión de totalidad social que ya aludí al comenzar, procuré aproximarme y reconstruir el contexto internacional y nacional sobre el que se despliega este movimiento, procurando atender, como cuestión de primer orden, a la racionalidad jurídica y económica de los Estados que actuaron como expulsores y receptores de esta población dentro de la lógica, por supuesto, del desarrollo del sistema capitalista mundial que, en su fase de expansión del capital financiero y transnacional, conformó tales áreas y fue determinando el constante desplazamiento internacional de la fuerza de trabajo en función de las exigencias de su reproducción ampliada. En otras palabras, a las condiciones que en el Líbano determinaron la diáspora, y en los países que como Venezuela fungieron como lugares de destino, permitieron o posibilitaron su concreción y continuidad en el tiempo. Y sobre esto quiero detenerme un poco. Porque si una intención guió la delimitación temporal que asumí, fue precisamente la de destacar y analizar la forma en cómo ininte-

rrupidamente desde finales del siglo xix y hasta casi culminado el siglo xx miles de libaneses y libanesas abandonaron su país de origen para, muchas veces para siempre, disgregarse y radicarse por el mundo entero. Su distribución en el exterior, sin duda alguna, será un reflejo de la correlación de fuerzas y capacidades de cada Estado y país de incorporarse, mantenerse y superarse en el tiempo sobre las bases de este sistema. Para el Líbano, la máxima confirmación del triunfo de su incorporación será la de haber generado las condiciones de un desarrollo socioeconómico desigual que favoreció la expansión e intervención extranjera, y su constitución como un verdadero polo de expulsión que marginó y depauperó a un grueso sector de su población, que la obligó a buscar nuevas perspectivas de sobrevivencia fuera de sus fronteras.

El país de los cedros: el punto de partida

Y será precisamente sobre estas últimas consideraciones, y antes de explayarme sobre la experiencia venezolana en concreto, por donde me gustaría comenzar un poco a hablarles sobre uno de los principales asuntos que abordé como problema.

Cuando empiezo a indagar y a preguntarme cómo es que la migración libanesa ha adquirido históricamente dimensiones tan exorbitantes en el mundo entero, porque no he encontrado país donde los libaneses no hayan dejado su huella, no tardé demasiado en identificar el dramatismo de una situación histórica que desde finales del siglo xix determinó la vocación emigratoria de un territorio y un país que no podemos menos que calificar como un verdadero polo de expulsión poblacional. Categoría de análisis que mejor me permitió explicar y entender la marcada tendencia a la movilización de su población nativa e incluso las proporciones, tipologías y variaciones que experimentarán estos movimientos poblacionales en el exterior, profundamente determinados, al menos en su fase emigratoria, por el sello del colonialismo extranjero, consolidado en la región por la forma de organización del poder local, regional e internacional.

De sultanes y emires durante la ocupación otomana, los libaneses pasaron a ser regidos por «comisionados» franceses, y luego, a partir de su relativa independencia hacia la década del cuarenta, por gobernadores locales pro occidentales complacientes y serviles a los intereses foráneos. Junto al colonialismo, pues,

se fue extendiendo la brecha de la miseria, la crisis y los conflictos que, naturalmente, acentuarían posteriores procesos emigratorios.

A través de una interpretación de la historiadora española María de Madariaga puedo resumir las condiciones que, principalmente desde finales del siglo xix y hasta casi culminado el siglo xx produjeron tales desplazamientos:

[...] A finales del siglo xix y principios del xx, los enfrentamientos confesionales, el régimen represivo otomano y la ausencia de libertades, particularmente la de expresión, y, en los períodos siguientes, entre las dos conflagraciones mundiales y después de la segunda hasta nuestros días, la ocupación extranjera —francesa en el Líbano y Siria, británica en Palestina—, la creación del Estado de Israel en 1948 y los sucesivos conflictos bélicos que ensangrentaron la región, incluidos en los últimos años la guerra civil libanesa [1975-1990], indujeron, sin duda, a muchos a abandonar la tierra donde nacieron en busca de países donde pudieran expresarse libremente y sentirse

en seguridad [...]¹

En tal contexto histórico, regional y mundial situó, pues, el análisis global del proceso de la emigración libanesa, cuya materialización, para efectos de una abstracción, delimito en cuatro fases:

La inmigración pionera, entre el régimen del Moustassarifat y la culminación de la Primera Guerra Mundial (1860-1919), la cual identifiqué como la etapa del ensayo y la experimentación; fundamentalmente a partir de la Primera Guerra Mundial cuando el acceso a los países europeos estuvo limitado por las hostilidades bélicas, este movimiento migratorio se orientó al continente americano. La razón de la inclinación de este contingente por el comercio informal como actividad económica preferencial desde sus inicios, podría encontrarse en el carácter «golondrino» de los pioneros. Además, era una práctica que no requería de gran inversión de capital ni de formación profesional especializada y, sobre todo, no suponía atadura alguna del hombre a la tierra de acogida. Ello quizás explique

1. María de Madariaga, "Introducción", en Kabchi, Raymundo (ed.), *El mundo árabe y América Latina*, Ediciones UNESCO, 1997, pp. 33-34. Los corchetes son nuestros.

que, aún siendo la agricultura la actividad que mejor conocían, optaron por una esfera económica cónsona con sus objetivos y propósitos fundamentales: reunir capital y retornar a la *madre patria*.

La emigración durante el período de entre guerras: entre el mandato francés y la independencia libanesa (1919-1945), que concebí como la transmutación de la emigración provisoria en permanente. Durante el período, como señala el historiador libanés Elié Safa, la emigración libanesa se orientó fundamentalmente a Suramérica —Brasil, Argentina y Uruguay—, y al África negra, particularmente a las colonias occidentales francesas e inglesas. En lo sucesivo, a diferencia de sus predecesores, el emigrante campesino, quien abandonó el Líbano fue el ciudadano, individuo con limitados recursos económicos pero con mayor nivel de instrucción. Se trata de un contingente humano con mayor nivel de preparación; sin embargo, en lo fundamental, siguió los pasos de esa migración pionera en el sentido de que se esforzó por consolidar una práctica económica que se convirtió en mecanismo de *adaptación e integración*: el comercio. Un mecanismo que gradualmente fungió no solo como un medio de subsistencia, sino como canal de acercamiento con

la sociedad de acogida; como factor que incidiría positivamente en el grado de aceptación y progresivamente como elemento integrador.

De comerciantes informales se transformaron en exportadores de materias primas locales en los países donde vivían, y llegaron a conformar una industria propiamente libanesa. Operaba entonces una doble evolución, que apuntaba por un lado al establecimiento de sus actividades comerciales en el interior, y la formación de una industria propiamente libanesa con grandes proyecciones hacia el exterior

La emigración durante la segunda posguerra y la crisis del conflicto árabe-israelí (1945-1974), en que la emigración pasa de ser un medio a un fin en sí misma. La situación sostenida de crisis, empeorada por los efectos del conflicto árabe-israelí, influyó en los nuevos contingentes humanos que desecharon la idea del llamado desplazamiento *golondrino*, máxime si tenían conocimiento del éxito de los exiliados. Hacia 1960 se estima que cerca de un millón y medio de libaneses se hallaban asentados en el exterior. Aunque se distribuyeron por el mundo entero, la máxima concentración se aprecia en América, sobre todo en Brasil, Argentina y los Estados Unidos, países más in-

dustrializados, o en otros que, como México y Venezuela, habían logrado prosperidad gracias a la renta petrolera (en Centroamérica se calcularon 25 000 aproximadamente).

En términos cualitativos, como entidad humana, en esta etapa la diáspora libanesa logra mayor organización y cohesión en el mundo, lo que se materializa en colectivos organizados en el exilio. Respecto al ejercicio de oficios, aunque el comercio gozaba de la preferencia de los exiliados debido a su comprobada rentabilidad a corto plazo —recordemos que ya había un camino andado por las redes familiares que operaban en diferentes confines del mundo—, los ámbitos académicos, culturales y políticos también captaron la atención de los libaneses que soñaron con mejores destinos

Y la cuarta, la *emigración durante la guerra civil libanesa (1975-1990)* en la que se consolida la emigración. Se estima que el movimiento migratorio producido durante esta etapa bélica —que aparejaba los procesos de limpieza étnica derivada de los enfrentamientos interétnicos—, osciló entre seiscientas y novecientas mil salidas de libaneses. Una emigración de carácter masivo que esta vez habrá de orientarse con preferencia hacia Chipre, Australia, Europa y los

territorios americanos que históricamente representaron los focos más atractivos de esta migración: Estados Unidos, Canadá, Brasil, Argentina y, en menor escala, el resto de los países de Suramérica. Un migrante, en su mayoría procedente de la ciudad, que siguió la tendencia de sus predecesores pero que vendría a diversificar y multiplicar su radio de acción sobre diferentes terrenos. Si bien es cierto que para esta etapa ya se contaba con un notable círculo de intelectuales, de clubes, de asociaciones y de una sólida y próspera empresa e industria libanesa en el exterior, también lo es que el migrante de esta etapa llegaba a los distintos países de emigración con la noción de un Líbano y de un mundo muy diferente. Con una perspectiva ampliada, quizá favorecida por el desarrollo de las comunicaciones, por un mejor nivel de preparación —en muchos casos profesional—, y a veces hasta con mayores recursos económicos, los libaneses que migrarán durante esta fase podrán discernir entre diferentes opciones y hasta combinarlas para incorporarse a su nueva realidad. Si bien siguió predominando la inclinación por el ejercicio del comercio, no es menos cierto que también se apuntaría —sobre todo su descendencia— por la opción del ejercicio académico y la participación en los

ámbitos políticos y culturales.

Debo destacar, también en el plano cualitativo, el empleo de dos conceptos: el de *Libano de ultramar*, para definir el fenómeno que supuso el transplante de su cultura ancestral a los países de adopción, y el de *Libano residente*, que objetiva a la sociedad que habita dentro de sus fronteras.

Ahora bien, e incluso advirtiendo que en cada una de estas fases la emigración libanesa difirió en sus propósitos, mecanismos y proporciones, la defino como una emigración forzada, masiva y cuyo principal motor de engranaje lo constituyó *la cadena de llamadas*, concepto que empleo para explicar cómo la consolidación y la continuidad de este proceso en el exterior se logró a partir del llamado familiar y la continuidad de la praxis económica como factor de acercamiento e integración con las sociedades de acogida.

Sobre lo primero, me permito acotar que no resulta fácil establecer una valoración respecto al rol formal del Estado respecto a la *emigración*. Suponer que el continuo desplazamiento de la población nativa fuera de sus fronteras respondió a una política concertada y dirigida desde el Estado, carecería de toda base de sustentación, pero presumir que indirectamente generó las condiciones

para ello, no resulta tan descabellado si tomamos en cuenta que los históricos y estructurales conflictos desarrollados en el país respondieron gradualmente a la aplicación de políticas económicas y sociales restrictivas y represivas aplicadas desde el Estado. Unas políticas que lo fueron incorporando compulsivamente al mercado capitalista mundial bajo unas relaciones de dominación y explotación de su población y sus recursos naturales que lo situaron en un escenario de intercambio y desarrollo desigual, marcando consecuentemente la conformación de una estructura socioeconómica y político-territorial carente de autonomía y sujeta a las demandas de los centros hegemónicos del poder mundial: Francia y Gran Bretaña durante la dominación otomana y el mandato francés, y principalmente Norteamérica durante el desarrollo de la Guerra Fría.

Por otra parte, si agregamos y entendemos que la emigración forzada se produce cuando las condiciones sociopolíticas de un país ponen en riesgo la seguridad y la libertad de los individuos, podríamos pensar que el éxodo libanés, impulsado por la pobreza, el hambre, el exterminio, la persecución política y religiosa —sin duda factores de expulsión—, entraría dentro de esta tipología.



Sobre lo segundo, que este mecanismo de atracción, que actuó como señuelo para quienes siguieron a la migración pionera de finales de siglo XIX, fue una constante histórica durante todo el siglo XX. La prosperidad que alcanzaron en el exterior muchos de los emigrados pioneros, y la situación de libertad y bienestar de otros países, atrajo —a través del llamado familiar y de amistad— subsiguientes movimientos migratorios. Alentados por las remesas enviadas y por correspondencias que contenían descripciones positivas sobre los *países de inmigración*, discutidas y difundidas en las villas y ciudades libanesas, muchos se vieron fascinados por la posibilidad de mejorar su calidad de vida y decidieron marcharse. En ocasiones fueron subvencionados por los propios migrantes; otros se sumaban a empresas familiares medianamente ya cimentadas. Podríamos decir que los individuos que optaron por seguir los pasos de la migración ya establecida tenían una parte del camino recorrido.

El emigrante libanés como sujeto histórico, pues, no puede concebirse como un elemento aislado de un sistema de relaciones sociopolíticas, familiares, económicas y culturales que influyó sobre su decisión de migrar. Es la expresión objetiva de la dinámica social de su tiempo. El in-

dividuo y la familia forman parte de una estructura social históricamente determinada. Como protagonistas del proceso migratorio, además de actores sociales, son el resultado de un estado de conflictividad que condicionó el desarraigo del país de origen y la necesidad de buscar nuevas perspectivas.

La migración internacional en Venezuela (1950-1990). Los libaneses izan su bandera

Ahora bien, y para el caso venezolano, me interesa destacar como preámbulo el rol que han desempeñado las migraciones internacionales, no exclusivamente la libanesa, en el desarrollo y consolidación del capitalismo neocolonial en el país. Y me refiero a esto porque desde su constitución el Estado venezolano acudió al mecanismo de estimulación de la inmigración como factor necesario para adelantar proyectos de modernización de su economía que, aunque diferirían en el tiempo por las necesidades del capital a nivel internacional, posibilitarían su inserción y mantenimiento dentro del marco de la competencia en el mercado mundial. Es decir que la cuestión de las migraciones internacionales fue tempranamente consi-

derada y reglamentada desde el Estado, como instrumento, atendiendo a una fundamentación jurídica que procurará actuar como mediadora entre la preservación de este modelo de desarrollo económico, y los potenciales conflictos sociales y laborales que este generaría a nivel nacional. Y que, por supuesto, definirá la forma en que habrá de incorporarse e integrarse la población de origen libanés.

Y esto lo digo porque respecto a la inclusión o introducción de mano de obra extranjera en el país, el Estado venezolano no solo se plegó a exigencias de capacitación conformes a las demandas económicas de cada coyuntura, sino a una noción que vinculaba estas capacidades al origen étnico de los migrantes: el positivismo que, mimetizado como ideología subyacente en la legislación venezolana durante el siglo xix y todo el siglo xx, delineó el carácter selectivo e ideal de la *migración internacional* en el país. La idea del «blanqueamiento» y «mejoramiento étnico» de la población venezolana, como premisa para impulsar un desarrollo socioeconómico capaz de equiparar sus fuerzas y sus capacidades a la tendencia de desarrollo de la civilización occidental, era la aspiración fundamental. Así, y con la aplicación de medidas que tendie-

ron a atraer el ingreso indiscriminado de capitales extranjeros como vía para ejecutar el progreso material, se implementaría la estimulación de un tipo de inmigración —la europea occidental— que viniese a cubrir los déficit poblacionales pero, sobre todo, que viniera a «limpiar la sangre» de la población. *Gobernar es poblar* era la consigna, pero gobernar poblando con individuos de *raza* blanca y conocimientos adquiridos que pudieran dinamizar y modernizar la economía del país.

Una idealización de las capacidades que el propio Estado venezolano vio rebasadas por un insuficiente marco jurídico que no hizo sino sancionar leyes y normar políticas débiles y ambiguas que degeneraron en una conflictividad social permanente en la que la figura del extranjero —por lo demás sumamente indefinida— se convirtió en un punto de constantes controversias sobre la pertinencia de su incorporación y permanencia en el país, porque paralelamente al desarrollo y establecimiento de una inmigración selectiva, estimulada y *deseada*, se produjo otra masiva, espontánea —en muchos casos incontrolada— inmigración *no deseada*, principalmente representadas por latinoamericanos, asiáticos, africanos e incluso los europeos orientales.

Ahora, una de las ideas que más me interesa destacar es que, en su finalidad instrumental, la concepción dominante de la *migración internacional* en Venezuela no será estática e inalterable, sino que se replanteará siguiendo las transformaciones operadas en el seno de la estructura socioeconómica nacional y mundial. Al menos a partir de los años cuarenta advierto que se marca una diferencia cualitativa sobre esta materia; la noción de una migración con fines de poblamiento y colonización en aras de fortalecer el sector agrario que predominó durante el siglo xix y principios del xx, fue progresivamente sustituida por una concepción con fines de empleo tendiente al fortalecimiento de una economía urbana e industrial que exigía capacitación. La transición de una economía basada en el modelo agroexportador —que hasta principios de los años veinte determinó la forma de inserción y mantenimiento del país en la economía mundial capitalista— hacia una economía de tipo urbano dominada por el esquema minero-exportador marcará la base de un nuevo modelo de acumulación de capital y una ruptura en las tradicionales relaciones sociales de producción que, por supuesto, replanteará la órbita sobre la que gravitará el rol de las migraciones internacionales en el país.

Y será fundamentalmente durante la segunda mitad del siglo xx, a partir de la profundización del modelo rentístico petrolero, cuando Venezuela generaría las condiciones materialmente necesarias para atraer, como de hecho ocurrió, inmigración en dimensiones significativas y, por qué no sugerirlo, que la convirtieron en un destino inmigratorio de primera opción para grupos migratorios de diversa procedencia que, deseados o no, documentados o no, acudirían a sus plazas en busca de un mejor porvenir. Y en la que también, debo resaltarlo, se registraron los mayores ingresos de población libanesa al país y se ampliaron los ámbitos de su acción; porque las condiciones socioeconómicas, a merced del ingreso de la renta petrolera, eran relativamente mejores, pero también porque los inmigrantes incorporados y establecidos durante las fases migratorias precedentes, habían echado las bases y desbrozado los caminos sobre los que transitarán las siguientes generaciones.

Se vuelve entonces necesario, pues, y grosso modo, pasar revista a su desarrollo histórico y determinar por consecuencia ¿en qué estadio de ese doble proceso inmigratorio de carácter conflictual desarrollado en Venezuela que he identificado podemos inscribir o situar la inmigración

libanesa? Desde el punto de vista oficial ¿sería esta una inmigración espontánea o dirigida, individual o masiva, *deseada* o *no deseada*, producida dentro o fuera del margen de la legalidad?

Inmigración pionera

Quiero comenzar por acotar que es hacia finales del siglo XIX cuando se registraron los primeros ingresos de libaneses en tierras venezolanas. Desde el punto de vista oficial, la inmigración que tuvo lugar durante esta etapa, que hasta el año de 1920 he definido como a inmigración pionera, será de carácter espontáneo y aleatorio y responderá más a decisiones individuales y fortuitas que a una política de Estado que, tempranamente, se mostró polarizada hacia el estímulo de la inmigración de procedencia europea. Los límites entre una inmigración *deseada* y *no deseada* estuvieron desde un principio bien delimitados y aunque expresamente no se prescribió ninguna causa de exclusión respecto a la población libanesa, los contenidos de las legislaciones tendieron indirectamente a desestimarla, sobre todo cuando esta comenzó a prolongarse e incrementarse a merced del llamado de amigos y familiares que comenzó a pro-

ducirse a partir del establecimiento de quienes se habían dirigido ya a probar suerte en estas latitudes.

Portando pasaportes turcos, ingresaban por las principales zonas portuarias (Puerto Cabello y Zulia por el occidente, Porlamar al oriente y La Guaira al centro) y prontamente se instalaron y diseminaron por las ciudades contiguas, pese a todos los desaciertos y obstáculos que para entonces se imponían a los migrantes, sobre todo a aquellos que como los libaneses tenían tan marcadas diferencias idiomáticas y culturales con la sociedad venezolana de entonces, a la cual, sin embargo, comenzarán a aproximarse a través de un oficio que les distinguirá por excelencia en Venezuela y creo que en el mundo entero: el comercio. Pero que en esta fase se reducirá al comercio ambulante; operaciones comerciales que comenzaron a realizar en las plazas públicas, mercados populares, de puerta en puerta, y en las calles y caminos de los campos y ciudades. Con la maleta de mercaderías a cuestas, un distorsionado español en la lengua y ataviados muchas veces con indumentarias que al venezolano de entonces podían resultar pintorescas, los denominados «coteros» —por su modalidad de ventas en «cómodas cuotas»— comenzarán a hacerse caminos en la vida socioeco-

nómica venezolana, al tiempo que su experiencia figuraba como ejemplo para sus coterráneos en el exterior. Y si bien no todos contaban con los medios y disposición para seguir el patrón de la migración, esta se multiplicaría hasta alcanzar en Venezuela los primeros síntomas de su consolidación.

Comenzando el siglo xx, la población libanesa residenciada en Venezuela se estimó en un número aproximado de 2000 personas. Significativo para haberse producido fuera de los márgenes deseados por el Estado venezolano, e indicativo de la relativa *adaptación*, que no implicaba necesariamente el *reconocimiento*, que esta población migrante experimentaba en el *país de adopción*. E insisto en diferenciar los procesos de *adaptación* y *reconocimiento* porque el sentido que remite este primer concepto —referido a su proceso de asimilación al medio geográfico— no definirá el grado de aceptación de la sociedad receptora incluso admitiendo que esta se mostrara condescendiente frente a su relativo proceso de *integración* a las estructuras socioeconómicas del país. En otras palabras, *integración* y *adaptación* en términos de su incorporación e inserción en la geografía y la estructura productiva del país no serán sinónimos de un *reconocimiento* satisfactorio por parte

de la sociedad receptora, profundamente dominada por estereotipos vinculados al origen étnico de los inmigrantes, su nivel de formación y su inclinación por un oficio que seguía siendo reputado como inferior.

El relativo éxito material que los libaneses comenzaban a conquistar hacia principios de siglo xx a través del ejercicio comercial, pues, no se convirtió en la garantía de su inmediata aprobación a nivel social e institucional, pero sí en un medio a través del cual comenzarían a filtrar y ampliar su influencia en el conjunto de la vida nacional venezolana.

Para la que he denominado la fase intermedia, entre 1920 y 1945, aunque resulta prematuro hablar de un auge migratorio cuantitativamente deslumbrante, considero que durante estos años se asiste a un período de consolidación, en el sentido de que el carácter golondrino de la inmigración de los primeros tiempos comenzó a ceder ante un proceso de asentamiento observable, entre otros aspectos, en la proliferación y establecimiento de talleres, almacenes y tiendas que sin sepultar la práctica de la buhonería evidenciaba la prosperidad que por la vía comercial venían alcanzando en el país.

Por otro lado, y a través de las uniones matrimoniales que algunos sellaron con los y las nacionales vene-

zolanos, el nacimiento de las primeras generaciones de hijos de libaneses en el país y la llegada de nuevos familiares y amigos del Líbano, los núcleos de los libaneses pasaban del ámbito predominantemente individual al ámbito familiar. La *cadena de llamadas* siguió fungiendo como el principal vehículo a través del cual otros libaneses vendrían a incorporarse al país, porque los ya instalados comenzaron a necesitar personal de confianza para proseguir en los negocios, porque anhelaban traer consigo a los familiares que habían quedado en el país de origen, o porque, sencillamente, debían retribuir la inversión que en la empresa de su emigración se había hecho.

Si bien desde el principio resultó sumamente complejo censar y estimar la población de origen libanés en Venezuela, por el hecho de que ingresaban a veces como turcos, y otras como franceses, sirios o libaneses, se estima que durante el período 1929-1939, su incremento será de 1000 personas aproximadamente. Una cifra que aunque excluye algunos años, resulta relativamente baja si se compara con los ingresos reportados durante el período anterior —estimados en 2000 personas—, pero que pudo haber respondido a las restricciones que en el Líbano se fijaron sobre la emigración en 1924,

y a la suspensión de las comunicaciones marítimas a causa de la Segunda Guerra Mundial.

Como señala el escritor palestino-venezolano Nweihed Kaldone, aún no se evidenciará con fuerza en Venezuela el fenómeno del «político hijo de levantinos», pero comenzaron a perfilarse nombres de poetas y profesores; lo que no indica, sin embargo, que la tradicional inclinación por los oficios comerciales haya sido relevada. Lo que más bien se observará será la diversificación de los ámbitos de su participación. La fundación de la *Sociedad Benéfica Sirio-Libanesa* en 1943 figuró como un ejemplo representativo no solo de lo cohesionada y establecida que se encontraba ya esta comunidad de inmigrantes, sino también del esfuerzo que mostró por extender los vínculos con la sociedad venezolana, entre otras formas, a través de redes de apoyo hacia los grupos económicamente más necesitados.

Entonces vemos que hasta el momento las trabas impuestas a la inmigración libanesa en Venezuela «[...] eran de carácter cultural y funcional mas no de rechazo. Aún con las prohibiciones legales, importantes contingentes de árabes, con o sin

documentos, pudieron ingresar, trabajar, desarrollarse, crecer y contribuir al desarrollo del país [...]». ² Sin embargo, y pesar del notable desempeño comercial y su diversificación en esferas que trascendían lo meramente económico, su proyección dentro de la sociedad venezolana, ya más familiarizada con la presencia y el contacto de estos levantinos en sus campos y ciudades, no se apartó del todo de los prejuicios predominantes que se impartían desde las instituciones y los medios de comunicación sobre los inmigrantes de procedencia no europea.

Fase de la inmigración contemporánea (1945-1990)

Durante esta etapa que se extendió durante casi cincuenta años la inmigración libanesa en Venezuela asiste a un período de maduración percibido a través de comportamientos que indicarán más una tendencia a la permanencia que a la disolución de su presencia en el país. Y uno se pregunta: si desde el punto de vista oficial la inmigración libanesa se encontraba fuera de los márgenes

2. Miguel Bahachille, "La experiencia sirio-libanesa", en *Coloquio Diversidad cultural e integración en Venezuela: los retos de una sociedad plural*, p. 53.

deseados por el Estado venezolano, e incluso a nivel de aceptación social en situación de desventaja respecto a los inmigrantes de procedencia europea, ¿a qué factores y procesos podemos atribuir su prolongación y consolidación durante los años que comprenden esta fase?

Considero que el punto de partida de esta reflexión tendría que situarse en el reconocimiento, por un lado, de que será la continuidad de la conflictividad sociopolítica y económica del Líbano durante todo el siglo xx la que condicionará la incesante y masiva emigración de su población nativa y, por otro, que el ingreso de fracciones de este movimiento hacia Venezuela estaría profundamente determinado por dos situaciones que lo convertirán en un foco de atracción poblacional permanente; esto es la imagen de prosperidad que irradiaba hacia el exterior —por su economía petrolera en expansión «la tierra de las oportunidades»—, y la *cadena de llamadas* que siguió actuando como el principal catalizador de un proceso que a diferencia de las circunstancias que rodearon a la inmigración pionera, contaba ya con una base social y material en el país receptor y con nuevos medios para su materialización.

Según algunas consideraciones, será «[...] a partir de la Segunda Gue-

rra Mundial cuando el movimiento migratorio sirio-libanés se expande significativamente por América; a Venezuela le toca una importante cuota [...]».³ Un significativo contingente que, sumado a la población ya establecida con anterioridad, llegó a estimarse por el orden aproximado de 5000 individuos para 1949.

Pero será durante los años cincuenta con el gobierno del general Marcos Pérez Jiménez cuando el ingreso de población migrante de origen libanés se tornó explosivo y voluminoso. La circular del Ministerio de Relaciones Interiores que hacia 1955 facultaba al consulado libanés para otorgar visado sin consulta previa a individuos de esta nacionalidad que desearan trasladarse a Venezuela en calidad de *transeúntes* se convirtió en la «carta blanca» para numerosos inmigrantes que, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, acudieron esta vez en dimensiones cuantitativamente sorprendentes. Considerando las facilidades que la Ley de Extranjería y numerosas circulares ofrecían a los extranjeros que desearan ingresar al país en condición de *residentes* y *transeúntes*, e incluso para la obtención de la carta de residencia, se explica el hecho de que la mayoría de libaneses (as) que inmigraron du-

rante estos años lo hicieran portando estos visados, y no bajo la calidad de *inmigrante* que amparaba la Ley de Inmigración y Colonización.

Pero lo que resulta todavía más llamativo que el cuantioso ingreso de libaneses durante este período será el hecho de que por primera vez la inmigración de individuos de esta nacionalidad será estimulada desde la oficialidad. Una estimulación que, sin embargo, no debe confundirse con una voluntad política de seleccionarla ni dirigirla; este seguiría siendo un movimiento migratorio de carácter espontáneo que eximía al Estado venezolano de cualquier responsabilidad por su traslado y manutención en el país. No parecerá tan curioso que el gobierno de turno, de corte dictatorial, en su negativa de destinar importantes recursos a la empresa de la inmigración, en su necesidad de incorporar mano de obra barata para emprender los planes de desarrollo en el país y en su finalidad de ampliar la base de apoyo para garantizar la endeble base de su legitimidad social, haya facilitado el ingreso de un grupo migratorio que ya contaba con una amplia trayectoria y presencia en el país. Lo que sí resultará curioso es que para 1956 se emitió otra circular en la que el consulado libanés ya no aparecerá dentro de las legaciones diplomáti-

3. *Ibíd.*

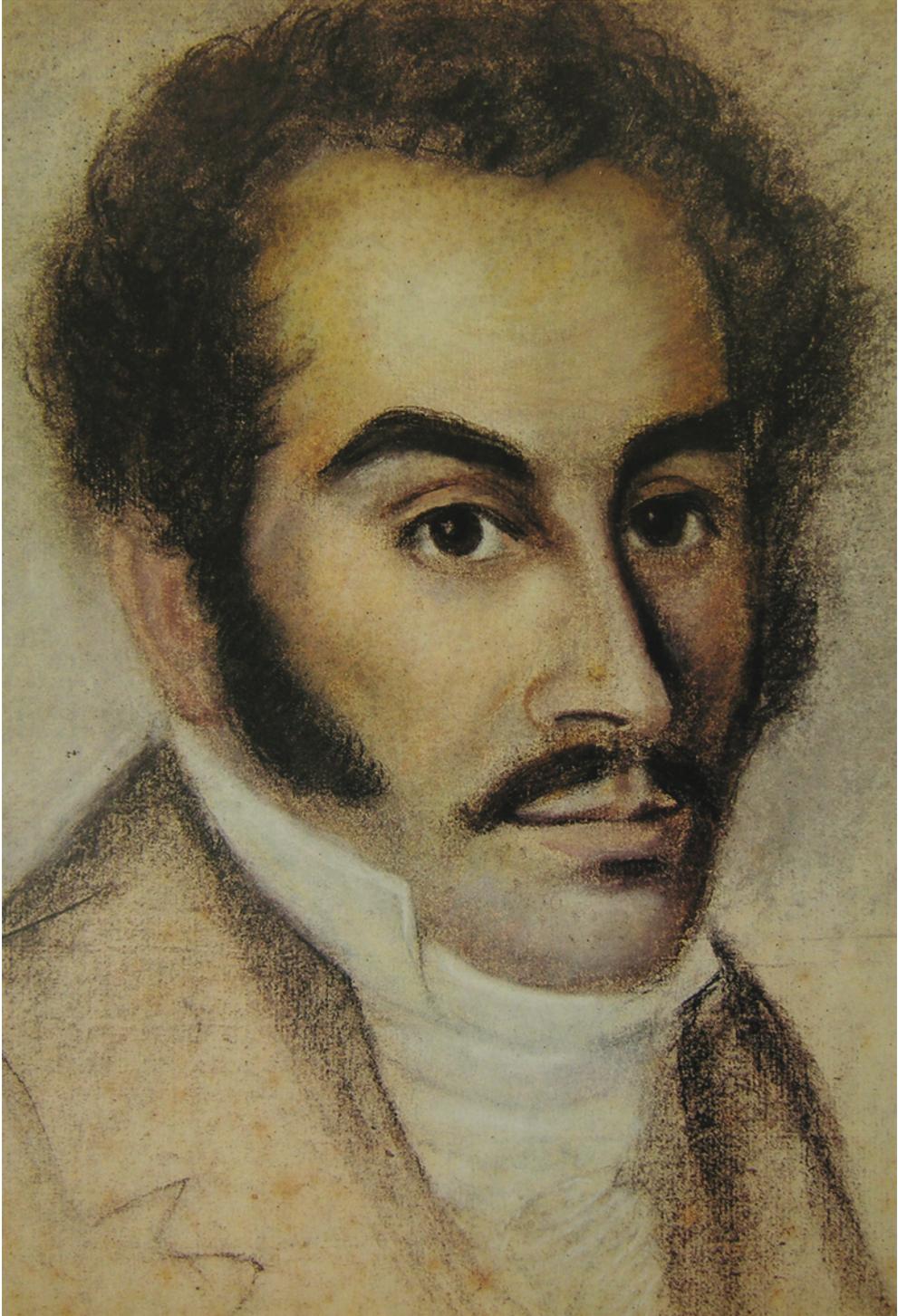
cas autorizadas por el Ministerio de Relaciones Interiores para visar sin consulta previa la entrada de estos nacionales al país; una disposición que si bien no develaba la intencionalidad de la estrategia de supresión revelaría cuán débil fue la voluntad del Gobierno venezolano por atraer la inmigración de individuos de esta nacionalidad. La misma suerte correrían en lo sucesivo propuestas de acuerdos culturales entre ambos países, que fueron, como decimos en Venezuela, «engavetadas», pero, lo más grave, desestimadas porque desde las esferas de poder no solo se desconocía la formación y el trabajo que numerosos libaneses profesionales habían adquirido, ejercido y compartido con la sociedad venezolana, sino también que se subestimaba de antemano su potencial como sujetos capaces de aportar conocimientos y beneficios al país.

Aunque será en el orden comercial donde su influencia se hizo más notoria, la comunidad libanesa se había extendido y proyectado en diversas esferas de lo social. Ya no eran solo buhoneros y comerciantes minoristas, sino grandes comerciantes mayoristas, fabricantes, banqueros, políticos, abogados, constructores, arquitectos, médicos, ingenieros, economistas, profesores, escritores,

por mencionar algunas áreas de su desempeño. Ya no eran cientos sino miles los que junto a sus descendientes hacían vida y cosechaban su futuro en el país.

Algunos autores sugerirán que será a partir de los años setenta «[...] cuando más fácilmente se pudieron trasladar los patrones de la cultura de origen al país de adopción. Algunos de ellos los mantendrán intactos y otros los adaptarán a la nueva forma de vida». Una apreciación que lejos de indicar el desarrollo de una fase migratoria desligada de la experiencia de sus antecesores sugiere nuevos modelos de comportamiento atendiendo a las transformaciones operadas tanto en el país emisor como en el país receptor. Concebida a la luz de las condiciones especiales que Venezuela gozará a merced de los extraordinarios ingresos de la renta petrolera —sobre todo a partir del *boom* de 1973—, y a la disponibilidad de nuevos y más rápidos medios de comunicación, esta etapa signará el desarrollo de un movimiento migratorio que tendió a manifestarse, como sugerirá Nweihed Kaldone, con «un pie» en Venezuela y otro en el país de origen.

Con un pie en Venezuela y otro en *liblad* —país, patria de origen— porque con la facilidad que



Venezuela «[...] llenaba bolsillos y chequeras se alejaría, cada día más, la idea de afincarse en la nueva tierra, afianzando la de actuar como el pájaro arrocero[...]». La diferencia respecto a sus antecesores radicará, principalmente, en que esta ampliación y proliferación de medios de comunicación, aunado a la relativa prontitud con la que en Venezuela lograban reunir un poco de capital, estrechar los vínculos con su país de origen y trasladar con mayor facilidad y solidez sus hábitos, costumbres y tradiciones al país receptor en el cual se incorporaron sin formar comunidades herméticas y aisladas del resto de la sociedad.

Pese a que se considera que las migraciones de los años sesenta, setenta y ochenta no fueron tan masivas como las anteriores, entre otras cosas por que el que inmigraba en estas décadas era un libanés más culto que buscaba asimilarse preferentemente a países europeos, su presencia en Venezuela se mantuvo equilibrada y constante.

Ahora bien, qué pudiera decirles a modo de conclusión. Sin cortapisas, definitivamente, que en Venezuela el inmigrante libanés sería siempre visto como el inmigrante, el «otro», el que no es de «aquí», pero la voluntad de su apertura, la arraigada tradición y la profundización de sus vínculos

con el país de adopción sellarían su presencia hasta convertirla en una de las experiencias migratorias con mayor tendencia a la permanencia y a la *integración*. Que podamos decir que a más de un siglo su aceptación y reconocimiento por parte de la sociedad recipiente se hallaba completamente logrado resulta inquietante y si se quiere cuestionable, pero que su estimación crecería con el tiempo y paralelamente a los significativos aportes que realizarían para el desarrollo del país resulta incuestionable. No tan deseada como la inmigración europea, e incluso torpedeada por un marco jurídico excluyente, la inmigración libanesa no alcanzará, sin embargo, los niveles de rechazo que se observaron, por ejemplo a partir de los setenta, respecto a los nacionales suramericanos.

De modo que si lo que buscamos es comprender a los migrantes libaneses como sujetos históricos y a partir de una visión de proceso, los invito pulsar sobre el desarrollo de experiencias concretas que en cada temporalidad, en cada región, país, ciudad y en cada poblado del mundo adquirirán dimensiones diferenciales. Especificidades que más que aislar y fragmentar una visión de conjunto, de totalidad, permitirán despejar y reconocer los matices de un proceso que, solo entendido en

sus proyecciones y relaciones internacionales, nacionales pero también locales, entrañará un significado socio histórico capaz de ampliar los márgenes de comprensión sobre su desarrollo, sus ritmos, sus comportamientos, sus tendencias, pero también sus cambios y diferencias y, lo más importante para nuestros fines, sus vinculaciones y trascendencia dentro del devenir histórico de nuestras realidades concretas. Investigar y señalar cuántos ingresaron, cuántos salieron y en calidad de qué figuran como interrogantes importantes y necesarias, pero indagar y relacio-

nar el por qué migran, cuándo, hacia dónde y cómo lo hacen resulta todavía más significativo por cuanto todas estas consideraciones revelarán en la población migrante y en las sociedades receptoras comportamientos colectivos, dinámicas de ideas, corrientes de pensamiento, niveles de desarrollo material, estructura de clases sociales, valores sociales admitidos, posturas institucionales; en suma, distintos componentes de lo social que harían posible, de manera conflictual o no, la materialización del proceso migratorio en nuestros países.

San Salvador, agosto 2008